

ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL ESCOLAPIO P. JUAN CARLOS GÓMEZ RAMÍREZ

Los educadores calasancios somos por definición «cooperadores de la verdad», es decir que nuestra misión no consiste en ayudar a los niños y a los jóvenes a adaptarse al mundo que los rodea, ni siquiera ayudar a desplegar unas competencias, ni mucho menos transmitir unos conocimientos. Todo ello es importante y necesario, pero lo fundamental es otra cosa: identificar la interna inclinación de cada estudiante para ayudarlo a conducir su vida por ese camino que Dios mismo va trazando en su ser profundo.

Cooperar con la verdad es generar las condiciones de posibilidad que permitan a cada niño y a cada niña descubrir y actualizar los rasgos esenciales de su manera de existir, para humanizar el mundo a partir de la acción del Espíritu Santo en él o ella. En efecto, dentro de las coordenadas de la espiritualidad calasancia entendemos que Dios se nos revela como un acto creador continuo en el interior del ser humano. En ese lugar, donde recibimos la participación de la imagen y semejanza divinas, residen los dones, talentos, capacidades, aptitudes, habilidades, potencialidades, valores y virtudes, que constituyen nuestra verdadera identidad, nuestro ser más genuino. Además, esos rasgos proyectan para nosotros una misión específica con miras a humanizar la realidad; una forma concreta de actuar que alivie un poco las heridas del mundo.

Esa forma concreta de ser en el mundo, nacida de la acción creadora continua de Dios en el interior de la persona es lo que llamamos «vocación». Las Escuelas Pías nacieron y existen solamente para que cada niño, niña y joven encuentre su vocación. Sólo eso puede hacerlos personas plenas y realizadas, y transformar el mundo.

Con todo, el descubrimiento de la vocación trasciende con mucho lo que se lleva a cabo en el aula de clases. Por muy completo, integral e interdisciplinario que sea un plan de asignatura, nunca logrará llegar a ese lugar íntimo donde se juega la vocación de la persona y, por lo tanto, su felicidad. Y un buen educador que desee ser más que solamente un trasmisor de contenidos, o un desarrollador de competencias, debe estar consciente de que la clave de su labor como cooperador de la verdad es la relación que construye con sus estudiantes, allende las fronteras del salón de clases. Las dimensiones sensible, corporal y espiritual necesitan ser también estimuladas y atendidas, juntamente con la dimensión intelectual, para que participen del descubrimiento vocacional, y para ello es indispensable construir una relación educativa entre el maestro y el estudiante.

La relación de educación posibilita el acceso a la dimensión profunda de la persona y estimula el despliegue de la identidad. Esta relación se construye cuando el educador pone a disposición del estudiante sus propios rasgos vocacionales, los elementos esenciales de su ser creado por Dios, y ello ha de aterrizar en espacios concretos de escucha profunda y empática, que en las Escuelas Pías de Nazaret hemos llamado «acompañamiento personal escolapio». Todos los tipos de

acompañamiento tienen algo en común: suponen un camino de encuentro humanizador en la relación entre acompañado y acompañante que, por medio del diálogo y la escucha, permiten acoger la vida y propiciar dinamismos de crecimiento en quienes participan de él. Si embargo, el acompañamiento personal escolapio promueve el crecimiento y el despliegue integral de la persona que educamos, a partir de la escucha empática de las diversas realidades de su vida cotidiana.

Acompañar, en este sentido, significa caminar al lado del niño o del joven para que pueda encontrar su propio camino y realizar su vida de acuerdo con su sentido existencial y su llamada única. Este acompañamiento permite que cada ser humano se dirija hacia su plenitud de manera auténtica, pero para que esto se pueda dar, entre el acompañante y el acompañado debe existir una relación de «amor ordenado», confiable, paciente, compasivo y humilde que permite descubrir la interna inclinación y las características fundamentales de su ser para ir orientando su vida por ese camino de las invitaciones profundas que van apareciendo en medio de la vida cotidiana, con sus situaciones prósperas o adversas. Este amor es la decisión de ofrecerse al otro sin buscar los propios intereses: un amor firme, exigente, cercano y cariñoso simultáneamente.

El acompañamiento personal escolapio estimula el crecimiento y potencia la vida profunda del niño, tanto en el momento puntual de la escucha, como en el proceso global, pues en él el acompañante está atento a los rasgos esenciales de la identidad del acompañado, favoreciendo que él mismo tome conciencia de ellos de forma vivencial. Se distingue de los otros tipos de acompañamiento como el académico, el espiritual, el convivencial y el psicológico tanto por la puerta de entrada (la vida sencilla cotidiana), como por el tipo de escucha ofrecida (sin consejos ni diagnósticos), y en su finalidad, que es construir privilegiadamente la relación educativa que favorece el descubrimiento vocacional.

El propósito fundamental del acompañamiento personal escolapio es cooperar con la construcción como persona del estudiante, promoviendo su crecimiento y su madurez personal, a partir de la relación de educación. Se trata de caminar con él o ella para ayudarlos a: afrontar su vida con creatividad y responsabilidad; reconocer sus límites y patrones de funcionamiento desajustados; integrar las situaciones que van viviendo; asumir sus problemas y compromisos; comprender mejor su propia situación; establecer su proyecto de vida; afrontar la toma de decisiones; descubrir o recuperar su sentido existencial y su horizonte de valores; y ser capaces de orientar su vida con base en estos.

En conclusión, este tipo de acompañamiento es una oportunidad inigualable para favorecer la construcción personal de los niños y cooperar eficazmente con la acción de Dios en ellos.

Enlace video: <https://www.youtube.com/live/rWK9En7hI4M?si=qaEbSG7eqllyUBd>